



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

TRES CONCEPTOS BOLIVARIANOS

por

FRANCISCO PIVIDAL PADRÓN



Cuba

PARA SIMÓN BOLÍVAR, la patria, la guerra y la paz no fueron producto de elaboradas concepciones teóricas que precedieran a la lucha por la independencia, sino valores todos, consagrados y defendidos en conjunto, dentro de un mismo proceso y sin antes ni después.

Uno de los mayores esfuerzos del Libertador fue concientizar a las masas populares con el ideal de *patria*, expresión mucho más común y sensible que el de *nación* y mucho menos compleja que el de *Estado*.

Desde los primeros momentos, Bolívar tuvo de la patria una visión continental, no limitada a regiones o parcelas:

Para nosotros, la patria es la América, nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseña, la independencia y la libertad.
(1814)

Aquí, el Libertador no se refiere a toda la América como suponen los que padecen de “nordomanía” (manía de mirar hacia el norte), sino sólo a la América que tiene por enemigo a los españoles, situación en la que no se encuentran los Estados Unidos, para quienes los españoles, en esos tiempos, no eran sus enemigos, sino sus aliados. No es esta, por tanto, una expresión panamericanista o monrósta, sino hispanoamericanista o panlatinoamericanista.

Además, ni ayer ni hoy, los Estados Unidos han sido abanderados ni de la independencia ni de la libertad de nuestros pueblos.

Más allá de su propia celebridad estaban los ideales de la emancipación continental: “Amo la libertad de América más que mi gloria propia y para conseguirlo no he ahorrado sacrificios.” (1815)

Para él, los intereses patrios debían quedar sacrificados en aras a los de nuestra América: “Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo vemos una perfecta unidad.” (1818)

¿Qué americanos conforman para el Libertador esa única patria y a qué atribuye esa perfecta unidad?

Tres años más tarde, y al mismo destinatario de la carta anterior, Juan M. Pueyrredón, director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, explica:

Ligadas mutuamente entre sí todas las repúblicas que *combaten contra España*, por el pacto implícito y virtual de la *identidad de causa, principios e intereses*, parece que nuestra conducta debe ser uniforme y una misma. (1821)

Como los Estados Unidos no combatían contra España, y, como además, no existía ni existe con dicho país, identidad de causa, ni de principios ni de intereses, es obvio que el Libertador jamás pensó incluir a los Estados Unidos.

A veces, su concepto de la patria escapa a toda limitación geográfica:

El hombre de honor no tiene más patria que aquella en que se protegen los derechos de los ciudadanos, y se respeta el carácter sagrado de la humanidad. (1820)

En muy pocas ocasiones, nos remite al lugar de nacimiento para definir la patria:

Primero el suelo nativo que nada: él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación; los sepultureros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber, todo nos excita sentimientos tiernos y memorias deliciosas; allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado. (1826)

Parece existir una flagrante contradicción entre el concepto de patria, recién expuesto, y cuyo fundamento nos remite al “suelo nativo”, con el expresado por el propio Bolívar nueve años antes al postular: “Para nosotros la patria es la América . . .”

Tal planteamiento carece de importancia. La dialéctica es permanente, no tiene principio ni fin. La visión bolivariana fue siempre una globalidad, el “suelo nativo”, sólo un recuerdo del conjunto, sin aislarse de él.

El Libertador nació en América, aunque Simón Bolívar naciera en Caracas.

Lo nacional y lo internacional no se contraponen, se complementan.

No bastaba con que el colonialismo fuera derrotado en su propio país si no lo era en el resto de Hispanoamérica. La continentalidad de la lucha dejaba muy atrás al lugar de nacimiento:

. . . yo sé que cada república americana —escribe desde Lima— tiene pendiente su suerte del bien de las demás y que el que sirve a una sirve a muchas. (1826)

El año de 1826 fue para Bolívar de obligada reafirmación venezolanista. El suelo nativo es como una necesidad que se impone recordar. Existe la presunción de que por hallarse en Lima ha perdido sintonía con Caracas.

Apenas derrotado el colonialismo español en la porción meridional de Hispanoamérica (batalla de Ayacucho), el sueño bolivariano de la Gran Colombia comenzó a resquebrajarse con la escisión planteada por algunos caudillos, ganados para la parcelación por las oligarquías criollas.

Desde el Perú, Bolívar vuela a Colombia y Venezuela para apagar el incendio que amenaza devorar la pradera de su vigilia continental.

A la contrarrevolución de 1826 se le ha dado el nombre desdeñoso de la “cosiata” (la cosa). Desde hacía cinco años, venía trabajando en esa dirección el partido más potente de la oligarquía local.

La cosiata prefigura el cercano desenlace: los valores de la civilización y del derecho muestran su endeblesz relativa frente a la fuerza. Ni Santander ni Páez defienden a la Gran Colombia. Se atrincheran en su orgullo y en sus intereses anhelantes por el cisma. Sólo Bolívar es capaz de percibir que no debe arriesgarse la existencia mayor de una patria grande por una intransigencia subalterna de patria chica. No obstante, todos los esfuerzos del Libertador fueron inútiles, porque la cosiata logró su objetivo, desligar de hecho a Venezuela de la Gran Colombia.

Es también el año en que el general José A. Páez le propone el establecimiento de una monarquía:

El general Páez —escribe el Libertador— está a la cabeza de estas ideas sugeridas por sus amigos los demagogos... (21 de febrero de 1826.)

Al mes siguiente, Páez vuelve a insistir en la conveniencia de un trono:

Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César, aun menos a Iturbide. Tales ejemplos son indignos

de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo.

Simón Bolívar fue un guerreero, porque la independencia tenía que ser conquistada en el campo de batalla: “Me he sometido al servicio militar —escribe a un pariente— porque era necesario vencer o morir.”

Ya antes había declarado: “La guerra, la guerra sola puede salvarnos por la senda del honor.” (1812)

No hay otra alternativa que liberar a la patria esclavizada. Es la idea central y predominante de todo el sector revolucionario que ha de dirigir la emancipación.

Bolívar no apologetizó la guerra, vale decir, la guerra por la guerra misma, pero tampoco renegó de ella en términos absolutos y abstractos. Ambos extremos falsean la objetividad histórica y ayudan a perpetuar los regímenes de opresión.

En ocasiones, se refiere a la patria cuando ésta aún no se ha materializado, cuando no es más que una aspiración sublime o un ideal no alcanzado: “Formemos una patria a toda costa —sentenció— y todo lo demás será tolerable.” (1816)

Para formarla había primero que independizarla.

Las guerras bolivarianas por la emancipación de Hispanoamérica fueron guerras justas, asentadas sobre el principio que sirvió de base a toda la política del Libertador: “Paz a la nación española (el pueblo) y guerra de exterminio a su gobierno actual.” (1818)

Las guerras colonialistas, neocolonialistas o imperialistas son guerras injustas, porque van contra los pueblos que luchan por su independencia y libertad.

La lucha por la independencia pasó a ser la condición material para formar esa patria. Implicaba también la

toma del poder político. ¿Qué medio emplear para lograr este último?:

El impulso de esta revolución —postuló Bolívar— está dado, ya nadie lo puede contener y lo más que se podría conseguir es darle buena dirección... Nuestro partido está tomado, retrogradar es debilidad y ruina para todos. *Debemos triunfar por el camino de la revolución y no por otro.* (1820)

Ese mismo año, reafirmó: "...nuestra divisa en lo futuro debe ser independencia o nada".

Cuando llegó ese futuro, aclaró:

Me parece imposible restablecer las cosas como estaban antes y, sin duda, éste será el deseo de los que no saben más que continuar a la española... (1826)

Si Bolívar no le impuso limitaciones geográficas a su concepto de patria, tampoco se las impuso al de la guerra. Las grandes proezas bélicas, que arrancaron en Venezuela y concluyeron en el Cuzco, sobrepasan pensamientos y acciones regionales o parcelarios. No respetan fronteras ni barreras naturales. Todo queda a la zaga de sus principios de justicia y de paz:

Las fronteras se borran cuando es cuestión de implantar el derecho y la paz o de borrar para siempre la tiranía y la injusticia.

Para esa misma época, declaró:

En cuanto a mí estoy pronto a marchar con mis queridos compañeros de armas a los confines de la tierra que sea oprimida por tiranos... (1823)

Aunque hablemos de la paz como culminación de una guerra exitosa y, consecuentemente, de una patria ya for-

jada, no queremos significar que esta trilogía bolivariana de conceptos surgiera por etapas ni en el orden que hemos establecido. Si así pensáramos, el propio Libertador nos desmentiría:

Desde que me resolví a facilitar los medios de concluir la guerra, también me resolví a hacer todo género de sacrificios para obtener la paz.

En sus palabras a los diputados al Congreso de Angostura (1819), concluye con esta exhortación:

Dignaos conceder a Venezuela un gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz.

Durante todo el proceso emancipador, la paz fue su reclamo más insistente:

Es casi infalible —escribe— que España nos prestara su reconocimiento a costa de muy pequeñas compensaciones, insignificantes al entrar en comparación con el inestimable bien de la paz.

En carta a Santander, fechada en Guayaquil, el 29 de abril de 1823, cuando aún no se había librado la batalla de Ayacucho, que pone fin al dominio colonialista español en la porción sur de la Hispanoamérica continental, confirma: “. . . yo siempre tengo una idea confortativa de paz . . . como usted lo sabe, y aun se ha reído a mi costa de mi *pazomanía*”.

Que la paz resultó su permanente y total obsesión, lo justificará el mismo Bolívar al señalar que su logro significaría el fin de su mandato:

La paz será mi puerto, mi gloria, mi recompensa, mi dicha y cuanto es precioso en el mundo. Ya lo he proclamado a la faz de Venezuela: el primer día de paz será el último de mi mando: nada hará cambiar esta determinación.

